

MIA

PRESENTE

Los trajes de graduación no están hechos para trepar por ventanas, eso es algo que no tardo en aprender en cuanto paso la pierna por el alféizar de mi novio sosteniendo la túnica, que se atora en una esquina del marco y no cede.

—*Vamos*. —Jalo con más fuerza, hasta que la tela se desgarrar y las hilachas se atorán más. Pero como no tengo intenciones de usarla por mucho tiempo, arranco el trozo de tela y saboreo la dulzura de la libertad.

Libre de la ventana, y después de avanzar por el techo de tejas, me acerco al desagüe. El aire salitroso se cuele entre las estrellas centelleantes en la casa costera de Jess. Solo falta un poco más. Tomar una rama del abeto, evitar las espinas, bajar al suelo; simple y rápido, y seré libre.

Algunos días, creo que haría lo que fuera por una despedida menos.

—¿Mia? —suena la voz de Jess detrás de mí, determinada y dudosa al mismo tiempo. Trae un vaso de limonada en cada mano pálida, viste su propia túnica y birrete sobre vaqueros y camiseta de cuello en V, listo

para esta noche. Tiene el cabello oscuro despeinado con cuidado, tan artístico como el resto de su atuendo.

—Ah, hola. —Mis manos resbalan por la corteza del árbol.

—¿Qué haces? —Se queda congelado tras dar un paso dentro de la habitación.

Una vez sobre la primera rama, me preparo para el segundo escape.

—Creo que esto no está funcionando.

—¿Qué? —Llega a la ventana en dos pasos y apoya las manos en el mismo alféizar por el que salté, con lo que las bebidas se derraman por los bordes de los vasos. Suena herido, y todo lo que nos rodea gravita en torno a él—. ¿Solo así? ¿Te irás?

Las espinas me pinchan las piernas desnudas mientras el silencio nos rodea. Después de saltar al suelo, me llevo una mano al pecho para sentir cómo late mi corazón traicionero, la única parte de mí que no puedo controlar. Creo que mis ojos se disculpan mientras retrocedo, al menos parte de mí espera que lo hagan mientras que un “lo siento” apenas audible sale de mis labios. Por un segundo, todo desaparece de la expresión de Jess —la rabia, el dolor—, reemplazado por determinación, como si lo hubiera imaginado. Y debí hacerlo.

Vete ahora. Déjalo ir. Saludo hacia donde las imitaciones de Da Vinci cubren sus paredes. Mi bicicleta está a pocos metros. *Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.*

—Te dañas a ti misma, Mía —dice en tono más suave.

—¿Por qué? ¿Porque nunca encontraré a nadie como tú?

—No, porque no estás dispuesta a arriesgarte. —Frunce los labios y se aparta de la ventana, y de mí.

—Acabo de arriesgarme a saltar de un techo, Jess. —Si no reconozco lo que pretende decir, no tendré que enfrentarlo. Pero él no lo acepta.

—A enamorarte. No te arriesgas a enamorarte. —La rabia es reemplazada por esperanza y hace que me congele.

Sus ojos decían esas *dos palabras* cuando nos reunimos debajo del escenario con nuestros compañeros emocionados hace una hora. Estaban allí cuando me abrazó, cuando me besó y cuando me alejó de los demás para decirme “saldremos de aquí”, como si no supiera que yo no lo haré, que yo no puedo. Como si no supiera que nuestro pueblito, Sunset Cove, es la única constante que he conocido y que quedarme aquí es tan inevitable como la salida y la puesta del sol de cada día. Intenté desaparecer antes de que pudiera hacer eso.

Si me quedara ahora, él se iría tarde o temprano de todas formas.

Sentada sobre mi bicicleta, mientras hago sonar la bocina al ritmo de la última canción que escribí para la banda de mi mejor amiga, niego con la cabeza.

—Lo siento. —Levanto los pies hacia los pedales y no vuelvo a mirar atrás.

Mi gorro sale volando con el viento frío de Oregón. Aún percibo la sensación de cómo el director movió la borla de un lado al otro, señal de que estoy creciendo y alejándome. Estoy mejor sin el birrete, sin ningún recuerdo.

Con el ruedo irregular de mi túnica volando a mi alrededor, pedaleo más rápido a través de un arcoíris de casas de playa adornadas con guirnaldas de luces. La calle está en silencio, igual que el pueblo, pues la mayoría de los automóviles fueron rumbo a la playa, a donde iré más tarde, a donde Jess se dirigirá ahora y a donde se suponía que iríamos juntos.

Hago esa idea a un lado. Tengo cosas más importantes que hacer, respuestas que necesito esperándome en casa. Y él sin mí está tan salvado como yo sin ese birrete y sin las partes faltantes de mi túnica. No importa

que vaya a extrañar su sonrisa perpetua y sus pésimas frases de conquista. Él saldrá de aquí, irá a la escuela de arte y se convertirá en curador de algún museo elegante. Tendrá una aventura, como el resto de nuestros compañeros.

Él estará bien.

Y yo estaré aquí.



Frente a la pequeña casa que mis abuelas construyeron para nosotras hace dieciséis años, hay una posada que poseemos y administramos, Rosas y Espinas. Bajo el letrero rojo de neón y la rosa brillante que cuelga sobre él, si miro lo suficientemente de cerca, todavía puedo distinguir donde antes decía “Peters”, nuestro apellido.

Aparco mi bicicleta frente a la puerta principal y toco el adorno en forma de rosa que colgué en el manillar para recordar a Tori Rose: la estrella más brillante de Sunset Cove, y mi madre.

Una inhalación profunda, una exhalación rápida, y me obligo a avanzar.

—Ya llegué —anuncio mientras cierro la puerta tras de mí, mis nervios se aquietan con las velas de vainilla que Gran siempre mantiene encendidas. Su aroma llena el aire en todo el pasillo, adornado con fotografías de nosotras a lo largo de los años, pero ninguna de mi madre.

—¡En la cocina! —responde Nana desde el otro lado de la pared.

Me quito las botas y me dirijo a la cocina integrada, recorriendo con los dedos el papel tapiz floral que se está despegando. Mis pasos se ralentizan y mis hombros se relajan al ver a dos de las tres personas que sostienen mi mundo en pie. Están junto a la estufa, revolviendo una olla de algo que huele a chocolate. Gran, que ríe bajo la luz tenue de una

bombilla semiagotada, sostiene la cuchara de madera frente a los labios de Nana para que lo pruebe. Están tan enamoradas que a veces duele. Esa franqueza entre ellas supera todas las cosas que no comparten.

Algunas de las pocas cosas de las que estoy segura en nuestra vida juntas construida con cuidado es de que me aman sin medida, de que la muerte de mi madre las destruyó, hablar sobre su infancia les duele, y de que son todo lo que tengo.

—Hola, Mi Mi. —Nana me abraza con cariño. Los ojos azules que le heredó a mamá y luego a mí brillan.

—Cariño, prueba esto. —Gran toma otra cuchara del tazón rosado en forma de rosa, abollado y atesorado, pero de origen desconocido.

Hago lo que me dice, y la dulzura me llena de la sensación de hogar que ellas crean.

—¿Qué es? —Me cubro la boca para tragar.

—Ganache. —Gran toma la cuchara que Nana usó y prueba ella misma—. Pensamos hacer malvaviscos con chocolate y sentarnos en la terraza para celebrar. Te has graduado, cariño. —Suenan como una felicitación, pero hay tristeza debajo de esas palabras.

—¿Tienes tiempo para eso antes de la actuación? —pregunta Nana, y la última palabra se quiebra.

—Sí, claro. —Me muevo de un pie al otro, esperando que digan algo más. Espero que por fin me cuenten algo sobre el regalo de graduación secreto que mi madre me dejó, ese que he anticipado en el vacío de cada pregunta y respuesta que este pueblo no tuvo interés en darme.

Toda mi vida he recogido pedazos de Tori Rose como migas de pan, letras como amuletos, historias como redes de seguridad. Cuando tenía ocho años, después de un viaje escolar a su museo en la desembocadura de Sunset Cove, me senté en la mesa entre Gran y Nana, y pregunté:

—¿Quién era mamá?

Dijeron lo que todos decían, palabras ensayadas y vacías.

—Una superestrella.

—Una maravilla.

Nunca “solo una chica”.

—No —me moví inquieta—. ¿Quién era realmente?

Y fue entonces cuando, en lugar de describirla, me dijeron que me había dejado algo. Algo más allá de fondos para la universidad y un legado del que nunca estaría a la altura. Algo concreto, algo real, algo que recibiría el día de mi graduación. Un pequeño fragmento de ella que podría responder todo lo que anhelaba saber.

Aquí y ahora, Nana abre y cierra la boca, y puedo contar un millón de veces como esta en que la historia casi se le escapa. Caminaron siempre por la cuerda floja entre compartirla o protegerme.

—El postre estará listo pronto —decide decir. La conversación ha terminado.

El silencio me retuerce por dentro. Ellas prometieron que sería hoy. Han prometido durante años que lo recibiría hoy. Por más que su tragedia sea un peso perpetuo, el elefante permanente en cada habitación a la que entramos y salimos, mis abuelas nunca, en toda mi vida, han roto una promesa.

—Iré a prepararme —susurro, y ellas asienten, vuelven a la estufa e intercambian una mirada que no puedo traducir. Más tarde. Me lo contarán más tarde.

Espero.

La madera envejecida cruje bajo mis pies cuando entro en mi habitación, tras una última mirada al pasillo. No hay fotografías en este extremo de nuestra casa, solo clavos abandonados, como si hubieran intentado decorar con sus recuerdos, pero no hubieran podido mantenerlos allí.

En esos espacios vacíos, una serie de mi propia vida se despliega ante mis ojos, corazones a medio abrir, canciones jamás cantadas, mi amor siempre callado. Todas esas cosas estuvieron presentes incluso en los ojos grandes color café de Jess hace apenas un cuarto de hora.

Después de cerrar la puerta para dejar el pasillo atrás, me dejo caer contra la madera. Mi armario está cubierto de pósteres de conciertos que mi mejor amiga, Britt, arrancó de revistas y de letras que ha garabateado y dejado para que yo escribiera las melodías. Mis paredes rosas están tan petrificadas como todo lo demás aquí. Una guitarra café cuelga en la esquina, la que Gran me dio cuando ya no pudo soportar tenerla en su habitación y que aprendí a tocar viendo videos de YouTube y en noches de insomnio. No es la guitarra de Tori Rose (perdida en algún lugar en el camino y en su historia inacabada), pero es una forma de dejar salir la música que me persigue. Está justo al lado de la silla colgante donde escribo acordes después de que mis abuelas se duermen.

Cuando mi mirada llega al edredón de corazones, me detengo al instante. Hay un paquete envuelto con cuidado sobre mi almohada, rodeado por un listón rizado.

Tras una última mirada sobre mi hombro, me acerco para quedarme de pie frente al regalo rectangular. El papel está gastado y arrugado, envejecido y descolorido por el polvo y los años. Sobre su fondo blanco, pequeñas rosas crean un diseño de lunares.

Es esto. Tiene que serlo.

Abro la etiqueta doblada sobre el paquete, la letra cursiva es idéntica a la de las notas que cuelgan enmarcadas por el pueblo para conmemorar la forma en que Tori Rose dejaba canciones cada vez que pasaba por algún bar o cafetería local. Es algo que Britt y yo hacemos ahora, pero solo dejamos notas para nosotras mismas.

Presiono el regalo con más fuerza entre mis manos temblorosas. Mi pulso late a destiempo con cada una de sus canciones que resuena en mi corazón al ver las palabras. Sus palabras. Esta es la escritura de mi madre, y está dirigida a mí:

Mia:

Feliz graduación, mi niña. Aquí hay algo de mi parte para tu “Verano de sueños”. ¿Te atreves?

*Con amor,
mamá*